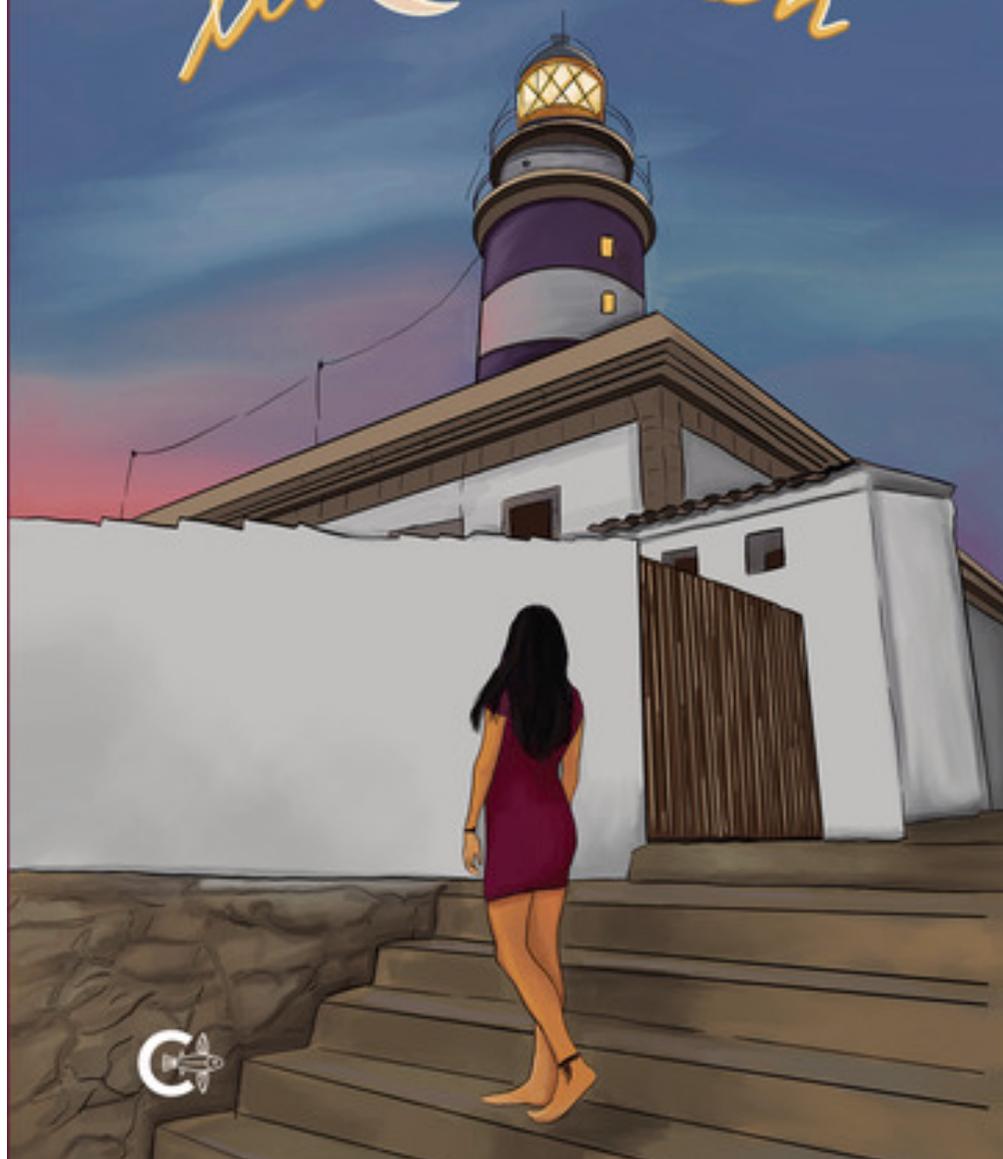


CRISTINA MANCHADO

Se acaba
la Canción



«Y has venido a mi universo
a dar sentido, a hacerlo nuestro.
Si alguien queda esperando ahí, debo decir
que hacen falta más personas como tú
y menos miedo». ✨

Extraído de la canción Un planeta llamado
nosotros de MALDITA NEREA

(Un planeta llamado nosotros, 2020)

L de luna

Llamadme intensa, lunática, profunda, apasionada, penetrante, acuariana, impulsiva, sentimental, tímida, impaciente y alocada.

Adelante, no os cortéis, podéis llamármelo, porque soy cada uno de esos adjetivos. Y seguro que me dejo algunos más.

De todos los anteriores, los sufro con mayor o menor grado de intensidad, dependiendo del día, del momento y con la gente que me rodee. También depende de si duermo bien o no.

Pero es lo que forma parte de mí. Todo eso. Y el aquí y ahora. El vivir hasta quedarse sin aliento.

Soy de las que se dejan llevar por los palpitos. Creo ciegamente en estos y me rijo por ellos la mayoría de las veces, por no decir siempre. Son intuiciones, no sé. Si queréis, podéis llamarme bruja, tampoco me va a ofender. Puesto que creo en todo lo relacionado con las energías y lo que gira en torno al universo.

Ya sean los planetas, el polvo cósmico, las galaxias, las estrellas o la luna.

Esta última debe estar harta de mí, pues en su fase de luna llena pongo mi culo al aire y le pido un deseo. Pero vaya, que sí, que soy de las que piensa que las energías que desprenden estos astros nos afectan de una manera intencionada o de manera indirecta.

Me llamo Lucía y tengo veintisiete años. Me gradué en Comunicación y Audiovisual por la Universidad Autónoma de Barcelona. Durante mi carrera, hice amistades y aún mantengo el contacto con ellos, pero nada que ver con mis «The Bananas Girls».

Ellas son tres locas endemoniadas que hacen que mi vida vibre aún más. Nos conocemos desde los tres años, con eso os puedo dar alguna pista, aunque más adelante las vais a conocer. Y os aseguro que las vais a querer igual o incluso más que yo. Por una apuesta con estas, llevo cuatro años sin cortar mi largo y oscuro cabello. Bueno, lo de oscuro solo las raíces, porque las puntas están quemadas por el sol, el agua del mar y las altas temperaturas a las que lo someto por plancharme el pelo casi todos los días.

También pertenezco al grupo de personas que confían ciegamente en la leyenda del «hilo rojo». Así es. Según este mito oriental, las personas que están destinadas a conocerse están conectadas por un hilo rojo invisible. Que no importa el tiempo que pases sin verla o el tiempo que tardes en conocerla, aunque viva en la otra punta del mundo, el hilo jamás se romperá. Es lo que también conocemos como el Destino. Y esto os lo cuento porque es lo que me pasó hará menos de un año. Conocí al Destino y lo conocí a ÉL, que venían cogidos de la mano. Uno llevaba el ángel en su aura y el otro al demonio.

Hay gente que no le dará la menor importancia a este tipo de «brujerías», por así llamarlo, pero hay otro grupo que cada día esperará a que llegue una señal, una pista o una manifestación en forma de canción, palabras, insectos o «algo» que le recuerde que «ese pensamiento» está ahí. En este grupo estoy yo. Pero sin obsesionarse, ¿eh?

Tengo TOC. Bueno, no sé si debo decir «tengo» o «sufro». La cosa es que lo padezco.

Por ejemplo, cuando veo un avión sobrevolando, tengo que enviarle un beso con la mano y, si no lo hago, creo que algo malo pasará.

O cuando el reloj me marca las 11:11, cierro los ojos esté donde esté, a no ser que vaya conduciendo, que entonces no podría, y pido un deseo.

A día de hoy, desde hace unos meses atrás, siempre pido lo mismo. Más adelante sacaréis vosotros mismos vuestras propias conclusiones. La cosa está en confiar en si se cumplirá o no. Yo creo que sí. De no ser así, no lo pediría todas las veces.

Aborrezco las tartas de cumpleaños. Se me hace bola en la boca y luego se me queda pegada en el esófago. Es un tipo de comida que cada vez tolero menos. Y no sé por qué razón, la verdad. Ha sido en cuestión de pocos años atrás, porque antes me encantaban. Esto es como las personas. A medida que vamos adquiriendo experiencia en la vida, vemos las que nos suman y nos aportan y las que nos aburren y se nos atragantan como las tartas.

Así que prefiero comerme mil veces antes un donut acompañado de una persona maravillosa, a tener que comerme un cacho de pastel que esté muy currado y que lo traiga alguien que reste.

Me cuesta mucho expresarme hablando con la gente. Tengo la puñetera manía de pensar que me van a juzgar diga lo que diga. Así que prefiero hacerlo entre hojas, a mi ritmo y a mi tiempo. Dedicándole todo el espacio necesario y sin miedo.

Parece una tontería, pero seguro que a más de una o dos personas le debe pasar lo mismo. Aparte, pienso que una vez lo plasmas entre líneas, siempre lo tendrás presente para poder releerlo las veces que quieras y aprender.

Podríamos decir que sufro una especie de adicción al mar y a los océanos —*thalassophile* se llama—. Todo lo relacionado con

lo anterior me transmite calma, paz y me da vida. Todo está como coordinado, unido.

De hecho, mi próximo tatuaje —llevo dos— consiste en una sola palabra, pero que para mí lo envuelve todo. Aparte de ser mi palabra favorita del mundo entero, porque creo que no hay ninguna igual de bonita, sé que cuando la vea tintada en mi piel me sacará siempre una sonrisa. Pero, como os he comentado anteriormente, estoy esperando «algo», una señal, un «hazlo ahora» para poder llevarlo a cabo. Sé que terminaré haciéndolo, estoy convencidísima, pero tiene su importancia, incluso magia, por eso merece la pena esperar. Si no, con lo tentador que es, ya haría tiempo que lo llevaría conmigo.

En cuanto a los que ya tengo, los dos son igual de significativos para mí. El de la nuca es una pequeña mariposa que diseñé yo misma en una clase de Estadística en la facultad. Me gustó mucho cómo quedó. Aparte de que leí un artículo donde decían que «el aleteo de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo».

O más bien conocido como **el efecto mariposa**. Hoy en día, aún se preguntan si hay alguna relación entre causa-efecto real.

Es decir, un pequeño cambio puede conducir a consecuencias totalmente divergentes. Y aquí entran en juego el universo, las galaxias, la luna y las mareas. Me parece un tema fascinante a la vez que perturbador. ¿Sois más de creer en la ciencia o en el misterio que lo envuelve todo?

Bueno, y el segundo lo tengo en la parte lateral derecha de las costillas. Me lo hice hará no mucho. Es una tortuga que la bauticé como Shelby. Parece un tatuaje de estilo maorí. Me lo hice en honor a mis antepasados cubanos. Me acuerdo de que mi abuela tenía una bandera con el dibujo de una tortuga similar a esta y desde pequeña me llamó mucho la atención.

Fue ella quien me contó que simbolizaba la paz y el caos como un solo elemento. Que, si no hay ruido, jamás encontrarás la

calma. Lo que viene a ser que sin luz no hay oscuridad. O no existe blanco sin negro.

El significado me pareció precioso. Y como mi vida, mayoritariamente, giraba y gira aún más alrededor del caos que de la paz, pues quise tenerlo plasmado en mi piel por siempre.

Me muevo por impulsos y lo hago muy a menudo sin importarme las consecuencias del después. Mis mejores amigas dicen que me envidian por tener esta habilidad. Por una parte, os tengo que confesar que a veces es de ayuda ser así, pero en otras ocasiones, quizás más vale pensar las cosas antes de hacerlas. Aunque de todo lo que he hecho en relación con estos, no me arrepiento de nada.

A lo hecho pecho, ¿no es así?

Como tampoco me arrepiento de no deciros la puñetera palabra del tatuaje. Así nos quedamos todos con el *hype*. Vosotros por no saberlo hasta que me lo haga, y yo por esperar a «eso» para poder hacerlo. Aquí o sufrimos todos o la puta va al río.

Como ya os he dicho anteriormente, la intensidad se apodera de mí y hace que lo viva todo a flor de piel. Algunas emociones más que otras, pero todas ellas hasta el límite. Y creo que todos deberíamos tener un poco de ese entusiasmo. Aunque sea la más mínima cosa. Eso que te hace vibrar, que te hace sentir. Lo que te haga pensar y decir que estás vivo, que estás aquí. Que es ahora o nunca.

Ahora mismo estoy trabajando en buscar mi estabilidad emocional. O sea, soy de las típicas personas, o no tan típicas, no vayamos a generalizar, que si están bien están muy, muy, muy bien. Es decir, momento de euforia máxima. Pero cuando están mal, es la peor sensación del mundo porque solo piensas en desa-

parecer. No tengo un punto medio, y eso es lo que quiero llegar a lograr. Es una de mis metas personales.

Tengo una gata llamada Brigitte, que es testigo de todas mis penas y alegrías. Su pelaje es *beige* con manchas blancas en las patitas, como si llevase botas de agua que la hacen parecer achuchable, pero en el fondo es un poco arisca. Se deja acariciar muy poco, solo con quien cree que le puede aportar cosas buenas. Demasiado lista ha salido. No tenía pensado tener animales, pero cuando una clienta del que ahora es mi trabajo me la trajo y me contó la situación, no pude negarme.

Se ve que esta tiene un gran y amplio terreno y que su gata llamada Miss tuvo una camada de gatitos. Me contó que todos ellos estaban amenazados por los cazadores de ahí.

Por suerte, y gracias a Lolita, pudimos encontrar un hogar para esos pequeños. Y a mí me tocó la mejor.

Cuando estaba en el último curso de la carrera, quise hacer las prácticas en una editorial que queda apenas a pocos kilómetros de mi pueblo, cerca de un polígono industrial rodeado de grandes almacenes.

La editorial Urano me contrató por un periodo de seis meses, validando así mis praxis universitarias.

Lo que jamás hubiese imaginado es que dos meses después de terminar y despidiéndome de mis compañeros, don Ortega, el jefe, me llamó para hacerme una oferta de trabajo. Obviamente, acepté sin pensarlo. Así que en breves hará cinco años que soy una «chica Urano». Ya veis cómo está todo atado entre sí, ¿verdad?

Ahí conocí a Marta, que más adelante sabréis quién es y cómo ha influido en mi vida para bien.

Ese edificio, en el que pasaba más horas que en mi propia casa, me cautivó desde el primer día en que metí el pie. Por fuera no era

nada más que una nave industrial color gris, como tantos de los que había a su alrededor. Pero por dentro... me quedé fascinada.

Sus puertas giratorias de la entrada, con los marcos negros, contrastaban con todo el mobiliario blanco y rojo del interior. Los despachos importantes estaban separados por mamparas de cristal. Era fundamental estar cómodo en el trabajo, ya que la mayoría de tu tiempo lo pasas entre esas paredes. Nuestro jefe, junto con el diseñador de interiores, supieron conseguir ese efecto a la perfección.

Otro elemento que destacar es que adoro el chocolate, es decir, tengo una adicción a él y no me escondo. Aunque lleve una vida saludable y practique deporte, no hay día que no coma algún tipo de producto que contenga este alimento.

Y como detalle así insignificativo, tengo una lista de deseos donde ahí añadido mis sueños a corto y largo plazo. Es muy terapéutico y satisfactorio para uno mismo ver cómo vas tachando proyectos u objetivos que te has marcado y que finalmente has logrado. Aún tengo bastantes sin tachar, así que ya puedo ponerme las pilas. Ya veis, vivo en mi propia galaxia cósmica y me encanta.

Bueno, dejando de lado todo esto, ahora en serio. Necesito ponerlos en contexto sobre lo que fue el *boom* que cambió mi vida.

Pensaba que había conocido el amor con toda mi alma o que lo había sentido todo hasta el momento. Pero ahora sé que solo lo había rozado con la yema de los dedos. Todo lo que había sentido hasta ahora no fue más que un pequeño espejismo de todo lo que me esperaba.

Estaba tan equivocada y confusa con la palabra «**amor**» y su significado.

Existe de tantas formas, ejemplos, modos y maneras. Aparte, se presenta sin avisar y sin pulsar ningún botón para decirte:

«Oye, que estoy aquí. Recuerda que voy a trastocar un poco tu corazón y, de paso, un poco el cerebro. Para que haya un poco de trifulca entre ambos. Venga, adiós. Nos vemos».

Qué va. El amor llega y ya. No hay marcha atrás y todo lo que hagas para intentar evitarlo se pondrá en tu contra. Es ley de vida. Es de manual. Te sube hasta lo más bonito y te baja para darte la hostia más grande de tu vida. Aunque con este último paso sales ganando únicamente tú. Que, en realidad, es lo más importante que tenemos. Nosotros mismos.

Pero sin pasar por todo el proceso anterior, quizás no sabes encontrar todo lo bueno e importante que eres para ti mismo.

A un mes de terminar este año tan atípico, mundialmente conocido como el año de la COVID-19, os pongo un poco en contexto. A ver si soy capaz de lograrlo sin olvidarme de nada y detallando hasta el último ápice.

Piano a piano

Me crié en un pueblo costero en el corazón de la Costa Brava, llamado Tossa de Mar. Conocido comúnmente como el pueblo de la muralla. Que razón no le falta, pero ¡qué maravilla perfectamente restaurada y conservada teníamos! Sin dejar de mencionar junto con la preciosa y destruida Església Vella de Sant Vicenç, donde tantas horas pasé jugando con mis primos y mi hermano cuando éramos unos mocosos. La de veces que llegaba a casa con las piernas hechas polvo. A día de hoy, este yacimiento, aparte de ser una atracción turística, también lo usan para celebrar conciertos y eventos importantes para el pueblo.

El núcleo del pueblo es un territorio con encanto, rodeado de callejones estrechos con pavimentos de piedra y algún que otro adoquín mal colocado. Los ventanales conservan aún el estilo gótico, bellamente decorados. Mi calle favorita se encontraba dentro de este casco antiguo. Se llama Les Escaltes y está repleta de plantas por todos los costados. Es un gusto pasear por ahí, es como si te teletransportases a la parte antigua de Florencia o a Nápoles. ¡Me chifla!

Creo que mi obsesión por recorrer y visitar todos los faros posibles del mundo viene justo de aquí. De cuando mi abuelo me

llevaba de pequeña a ver cómo las luces del faro giraban para guiar a los navegantes en alta mar. Al cumplir los dieciocho años, mis mejores amigas me organizaron una fiesta sorpresa alrededor de este. Recuerdo una mesa alargada con la mesa y sillas de madera, un mantel largo y blanco y un montón de globos de colores acorde con estos.

Al llegar, estaban todos ahí sentados esperando mi llegada. Esa tarde-noche, comimos y bebimos más de lo que nuestro cuerpo aguantaba. La fiesta siguió hasta que vimos que las luces del faro dejaban de dar vueltas, o eso nos pareció a nosotros. Recuerdo ese cumpleaños con nostalgia y con mucha magia.

Desde que cumplí los tres añitos, mis padres me metieron en un colegio concertado, donde ahí impartían todos los cursos hasta el Bachillerato.

Es decir, que durante quince años he estado viendo las mismas paredes y casi que las mismas caras.

Tengo el orgullo y el placer de decir que conservo a la mayoría y llevo una vida con ellos. Nos hemos criado juntos, nos hemos visto crecer, reír, llorar, pelear, amar, y creo que eso es algo realmente bonito. Amistades que han perdurado tanto tiempo y que de momento no hay un final.

Como os he confesado anteriormente, existen tres especímenes que siempre han estado ahí. Ellas son mis confidentes, mis hombros en los que llorar, mis risas en cada quedada, mis compañeras de las aventuras más atrevidas. Las que están sin pedirlo. Son la familia que elegirías cada vez que nacieras.

Rocío, Laura y Anna. Tengo ganas de que conozcáis un poco más de cada una de ellas. Tan diferentes y tan imprescindibles que me complementan en cada momento de mi vida.

Tengo un hermano cuatro años mayor que yo por el cual daría todo por él. Se licenció en Bellas Artes en Valencia y ahora trabaja

en el MNAC en Barcelona. Está superorgulloso de todo lo que ha conseguido, pero más lo estoy yo. Fue él quien se llevó los mejores genes de nuestros padres, pues en su castaño pelo no se apreciaba ni una sola cana. No como el mío, que las primeras empezaban a asomarse con veintisiete años. Me sacaba casi tres cabezas, era lo único que no heredó de mis dos padres chatos. Lo vinculamos a mi abuelo paterno, que era largo y fuerte como un roble.

Nuestros padres siguen juntos, a pesar de la mala leche de mi madre y la parsimonia de mi progenitor. Son tan diferentes que se compenetran a la perfección. Aún no sé cómo, pero lo hacen. Yo idealizaba con tener una relación de amor así. De las de antes, esas que son fuertes, penetrantes, duraderas e indestructibles.

Mi padre era muy tímido y muy de sus cosas. Pasó parte de su vida trabajando en un barco pesquero junto con dos compañeros más. Creo que de ahí podríamos revelar mi afición por el mar. Su sueño frustrado de niño y que siempre me lo recuerda era ser piloto de avión, «pero de los grandes», como suele decir él. Comparto ese sueño con él también.

En cambio, mi madre trabaja en el Ayuntamiento del pueblo y está deseando jubilarse para irse de vacaciones con mi padre a la otra punta del mundo. Quiere comprarse una pila de libros para devorarlos en una isla donde nadie la conozca. Y de ella heredé la pasión por la lectura.

Y luego tengo a mis pequeñuelas. A mis dos diablillas, que siempre están a mi vera y me llenan de alegrías, buenos momentos y un buen puñado de risas. Aunque también me mantienen a raya cuando el tema ya es de un alto nivel serio. Ellas son mis dos primas, Lola y Carla.

Hechas las presentaciones de gente bonita que me envuelve, sigamos con el tema importante.

El principio

La casa rural y el mes que lo cambió todo.

No sabía que una fiesta en plena pandemia mundial le daría un giro de ciento ochenta grados a mi vida. Así que bienvenidos al principio de una explosión de sentimientos, energías, emociones, deseos, pasiones y un sinfín de momentos y recuerdos que han hecho que descubra otra parte de la galaxia.

—Venga, animaos, son buena gente. Son amigos míos de toda la vida y de lo mejor que vais a encontrar ahora mismo —dijo Dani mientras caminábamos haciendo la ruta de cada noche.

—Yo, si mi madre no está muy pesada, voy. Necesito algo de fiesta. Dentro de dos meses y medio hará justo un año que no piso una discoteca, y no porque no quiera. Así que esto es lo más parecido a un «guateque» con música y alcohol por ahora —le respondí.

—Pues yo el viernes tengo el cumple de mi hermano pequeño, pero después podría unirme —añadió Laura.

—¡Esas son mis chicas! A ver si se anima Rocío, que hace mucho que no la veo.

—Nosotras estamos igual que tú, ¿eh? Se deja ver poco —contesté.

Por fin llegó el viernes después de unos días de ajetreo por la editorial. Rocío y yo fuimos ese mismo día por la tarde a un centro comercial en Girona. La acompañé a por los regalos de Navidad, que aún quedaba mes y medio, pero ella es así de precavida. Como yo andaba justa de dinero por la dichosa reparación, no quería pecar, pero alguna que otra cosa cayó.

—Tía, luego vamos a la casa rural con Dani, ¿no? —le pregunté a Rocío o lo que creía que era ella.

Pues una montaña de ropa con brazos me respondió:

—¡Síiiiií!, puede ser divertido, a ver si me olvido ya de Rafa y conozco a gente nueva.

—Mmmmm, sí, ya va siendo hora. ¿Podéis devolverme a mi amiga, top negro, *joggers tye die*, jersey color lavanda, entre otras prendas que no logro ver?

Las dos nos reímos a la vez y vi cómo una avalancha de ropa caía en medio del Pull&Bear. La gente no sabía si se reía de nosotras o, por el contrario, sentían lástima por el desastre que estábamos formando. Total, nunca lo llegaremos a saber porque las mascarillas fueron sus mejores aliadas.

Como no nos podíamos probar la ropa en los probadores de la tienda, decidimos comprarla e ir al baño público del centro. Estando en la cola, esperando para pagar, Laura acababa de enviar un wasap por el grupo de las cuatro.

—¿Cómo vais? Yo me acabo de subir al coche y voy a casa de mi madre a ver qué se cuece por ahí y que mi hermano sople las velas.

—Aquí seguimos, esperando para pagar, que hay una cola que flipas. Y Ro ha vaciado casi el centro comercial. Ja, ja, ja.

Cuando ya teníamos las doscientas mil bolsas de ropa de mi amiga y solo dos de las mías, fuimos al servicio para empezar el pase de modelos. Por suerte nuestra, aquí no se visualizaban filas de gente como minutos atrás. La primera en probarse los atuendos fue ella, que, aparte de tener más, era la persona más lenta e indecisa que te puedas echar en cara.

Empezó por el vestido de satén negro del Bershka. Abrió una de las puertas azules de las ocho que había. Lo primero que vi fueron unas piernas blancas radiantes que podían hacer de foco perfectamente en una discoteca.

—Uffff, tía —le dije tapándome los ojos como si algo me deslumbrase—. Estás más blanca que un pollo pelado del Mercadona —y me reí.

—¡Para! —contestó haciendo ver que era una rabieta, pero que en verdad se estaba descojonando—. ¿Te gusta? —me preguntó haciendo medio giro para que el vestido hiciese un poco de movimiento por los volantes.

—Es muy guapo —respondí sentada en el lavabo entre dos de los lavamanos y con el espejo detrás—. ¡Te queda genial, Ro!

—Ayyy, no sé, ¿tú crees? —volvió a cuestionarme insegura de qué hacer con esa pieza mientras se miraba en el espejo.

—A mí me gusta cómo te queda —respondí—. Es que a ti te va a quedar todo bien con ese cuerpo, tía.

Y es que mi amiga era del tipo de chicas que tienen una figura machacada por el deporte, y eso se notaba. Durante veinte años, Ro estuvo compaginando judo con *ballet*. Sí, sí, tal como lo estáis leyendo. Dijo que probó los dos, les encantó y que no pudo decantarse por uno, así que casi nunca la veíamos por las tardes.

Ahora salió con un top blanco y unos pantalones de tiro alto terminados en pata de elefante, bastante anchos.

—Vale —conseguí decir—, me flipan estos vaqueros, tía. —La escruté de arriba abajo.

—Sí, sí —dijo ella entusiasmada—. Estos me los pillo fijo. — Volvió a recrearse en el espejo para darse el último visto bueno.

—¿Qué más te queda por probar? —pregunté ya cansada de estar veinticinco minutos sentada cual mono en ese baño.

—Mmmmm —la escuché decir desde dentro entre ruidos de bolsas—. Dos cosas más y ya, lo siento, tía —soltó.

—Tranquila, tranquila —le respondí mientras chafardeaba Instagram.

Ahora era el turno de un vestido como de crochet de color vino que le llegaba un poco más arriba de las rodillas. Salió con un moño mal hecho con ese poquito pero largo pelo que tenía pelirrojo. Estaba sudando, y es que no era para menos.

—¿Cómo ves este? —me preguntó.

—Ay, niña —dijo una voz que no era la mía—. Te queda como anillo al dedo —terminó de decir la mujer de la limpieza, que pilló a mi amiga probándose ropa de extranjis y a mí dando el veredicto.

—Ja, ja, ja. —Se sonrojó ella—. Muchas gracias —le dijo—. ¿Podemos estar aquí? —preguntó mi amiga con la cara de preocupación, un vestido con la etiqueta puesta colgada y las Converse blancas.

—Yo no he visto nada —dijo la mujer alejándose hacia la puerta de entrada—. Y yo de ti que me quedaba con ese vestido. —Nos guiñó un ojo antes de desaparecer del todo.

—Qué maja, ¿no? —Miré a mi amiga de arriba abajo—. Ya tienes la respuesta.

—Pues nada, me quedo con todo, menos con esto. —Y señaló un conjunto de chándal *tie dye* de colores verdes, *beige* y marrón, un vestido de satén parecido al negro, pero en tono rosa flamenco y unas botas negras con tachuelas plateadas alrededor de la punta.

—¿Lo vamos a devolver ahora? —dije pensando en el rato que tuvimos que esperar para entrar en cada tienda.